

da brilla en la noche sombría: un Gregorio el Grande, un Benedicto, un Gregorio VII. Y, sin embargo, precisamente fueron aquellos los tiempos en que la Iglesia se elevó en victoriosa é irresistible carrera, de la vergüenza y de las tinieblas, á la cumbre de la mayor altura.

En ambos casos, tenemos una prueba en favor del único poder que, invisible á la vista, y, no obstante, fácil de reconocer por todos, da á la cristiandad la fuerza y la victoria. No es, pues, en el poder de su brazo, ni en la perspicacia de su poder, donde el cristiano encuentra su fuerza, sino en el auxilio divino. ⁽¹⁾

Cuando la mayoría, ó una minoría notable, no observa fielmente la ley de Dios, en vano es que se pongan á nuestra cabeza los mejores jefes, pues todas sus empresas serán vanas. Huímos sin que nadie nos dé caza. ⁽²⁾ El cielo se hace de hierro sobre nuestras cabezas, y de cobre la tierra bajo nuestros pies. ⁽³⁾ Edificamos casas, y no las habitamos; ⁽⁴⁾ sembramos mucho, pero sólo para nuestros enemigos, ⁽⁵⁾ y lo que recolectamos, desaparece, como si lo echáramos en un saco roto. ⁽⁶⁾ Pero si florecen la disciplina y la piedad, ó si la cristiandad arrepentida se vuelve á Aquél que sólo constituye su gloria y su fuerza, sobran todos los grandes hombres: Cinco vencen á cien, y cien ponen en fuga á diez mil. ⁽⁷⁾ Nuestros hombres más necios llenan de confusión á la sabiduría del mundo, y nuestros hombres más débiles triunfan de lo que parecía fuerte á sus ojos. ⁽⁸⁾

Los orgullosos y ricos sarracenos no podían volver de su asombro cuando vieron que se atrevía á entrar en lucha con ellos una pequeña tropa de caballeros pobres y hambrientos. ⁽⁹⁾ Pero, al primer choque, pudieron darse cuen-

(1) Psal., XLIII, 4, CXLVI, 10.

(2) Levit., XXVI, 17.

(3) Levit., XXVI, 19.

(4) Deuter., XXVIII, 30.

(5) Levit., XXVI, 16. Deut., XXVIII, 38. Mich., VI, 5.

(6) Agg., I, 6.

(7) Levit., XXVI, 8. Deut., XXXII, 30.

(8) I Cor., I, 27.

(9) Guibert. Novigent., *Gesta Dei per Francos*, 8, 3, 19.

ta de que en aquel puñado de hombres, que ayunaban y oraban, había más que un poder humano. Era Dios que por ellos combatía. Del mismo modo que en otro tiempo dió á las más débiles criaturas una fuerza sobrehumana para soportar el martirio en las persecuciones, así también inflamaba los corazones indomables, sensuales y ambiciosos de los caballeros europeos, de una sed de sacrificios y de un entusiasmo tal, que hacen encogerse de hombros á nuestros sabios modernos, como á muchos escépticos mezquinos de aquella época. ⁽¹⁾ Pero en vano es que no quieran ver en ello el dedo de Dios.

Disposición particular de la Providencia fué que, en la primera cruzada, en que los cristianos se cubrieron de gloria inmortal á los ojos del mundo entero, ni uno solo de los grandes príncipes de Occidente saliese de su orgullosa inactividad. Dios mismo quiso ser el jefe de ella, y mostrar su poder por medio de los humildes que son fieles á su palabra. ⁽²⁾ Si los reyes hubiesen dirigido la expedición como se les había ofrecido y ellos aceptado, se hubiesen atribuído la gloria de la misma por medio de sus panegiristas, y hubieran despojado á Dios del honor que le pertenecía. ⁽³⁾ ¿Y quién sabe si Dios hubiera querido servirse de semejantes instrumentos para ejecutar sus designios de gracia? De todos modos, las cruzadas siguientes, que fueron dirigidas por los príncipes más grandes y poderosos de la cristiandad, el emperador Conrado, Federico Barbarroja y Ricardo Corazón de León, tuvieron todas un éxito desgraciado.

En la primera cruzada, ocurrió lo mismo que al principio del Cristianismo. Pocos poderosos, pocos nobles respondieron al llamamiento de Dios; por eso escogió Dios los que eran sencillos y débiles á los ojos del mundo, para avergonzar á los sabios y poderosos. ⁽⁴⁾ Y así escogió Dios para

(1) Guibert. Novigent., *Ibid.*, 7, 1, 1. Cf. 1, 1, 1.

(2) *Ibid.*, *Gesta Dei*, 8, 8, 30.

(3) V. Augustin., *S.* 87, 12.

(4) I Cor., I, 27.

jefe de aquella empresa á un hombre que no quiso llevar una corona de oro donde su Dios había llevado una corona de espinas y una cruz. ⁽¹⁾ Preténdese que Godofredo de Bouillón era el más insignificante de todos los jefes de la cruzada desde el punto de vista intelectual. ⁽²⁾ Pero esto importa poco, ya que, en todo caso, era el carácter más puro y excelente de todos; incomparable en valor, dulce, lleno de moderación, piadoso, casto, justo, fiel á su palabra. ⁽³⁾ De aquí que le honrasen los cristianos, no sólo como á rey, sino también como al mejor de los reyes, como luz y espejo de todos. ⁽⁴⁾ De aquí que le considerasen justamente los infieles como predestinado á convertirse en señor de los pueblos. ⁽⁵⁾ Era un cristiano perfecto y un hombre completo, superior á todos, según la opinión general; en esta persuasión, eligieronle por unanimidad todos los caballeros por su jefe, y no se engañaron en su elección.

Si es verdad que otros eran más indicados para jefes y príncipes, tenemos en él precisamente la mejor prueba de que fuerzas naturales inferiores superan extraordinariamente á los más grandes dones de la naturaleza, desde el punto y hora en que aquéllas se muestran dóciles á los impulsos de la gracia y obran de concierto con ella. Posible es que no poseyese Godofredo grandes talentos, pero ello no le ha impedido haberse convertido en la leyenda y en la historia en el primero de los héroes y príncipes más célebres de su tiempo, y, lo que es más todavía, en el hombre más noble, porque era el mejor cristiano. Fué el verdadero instrumento de la gracia, y por medio de él, realizó Dios acciones y hechos históricos que por siempre jamás constituirán nuestra gloria, mientras el mundo sea mundo. No es la poesía con sus invenciones la que los ha hecho tan grandes; la poesía ha hecho lo que debía, pero

- (1) Guilelm. Tyr., 9, 9. Guibert., *Gesta Dei*, 8, 6, 24.
 (2) Sybel, *Gesch. des ersten Kreuzzuges*, 1 Aufl., 258 y sig., 403 y sig., 526, y sig., Frutz in der *allgem. deutschen Biographie*, IX, 472 y sig.
 (3) Guilelm. Tyr., 9, 5.
 (4) *Ibid.*, 9, 9.
 (5) *Ibid.*, 9, 20.

la historia lo ha hecho en menor escala. Se ha dicho de Carlomagno que, á pesar de sus faltas, es más grande en la historia que en la leyenda, ⁽¹⁾ y de Guillermo V de Aquitania se ha dicho también que el Guillermo de la poesía era menos notable que el Guillermo de la historia. ⁽²⁾ Pues bien, lo mismo debe decirse de Godofredo de Bouillón; la leyenda y la poesía han cantado sus hazañas; pero la realidad era más sencilla y más grandiosa. La *Jerusalén Libertada* del Tasso hubiera ejercido influencia más poderosa, si el poeta se hubiese atendido á la simple historia. El que investigue y despoje de todo ornamento poético á la realidad, la encontrará en las Cruzadas, como en todas las grandes acciones del Cristianismo, unida á numerosos rasgos de nobleza, á numerosas mezquindades y á graves defectos; pero verá con mayor lucidez que, sobre toda fuerza y toda debilidad humana, hay un poder que supera de mucho á la naturaleza. Solamente entonces comprenderá el sentimiento indescriptible de júbilo que hacía brotar de la pluma del historiador de la Edad Media las siguientes palabras: «Celebramos sin envidia las hazañas de Alejandro y de los cónsules romanos. No tenemos motivo alguno para arrojar sobre ellos el descrédito, ya que no estamos obligados á vivir cerca de ellos. Nuestro pequeño dedo es mayor que el espinazo de los antiguos. La naturaleza no se ha hecho más débil en nosotros que lo era en ellos; y Jesucristo, que es el mismo hoy que ayer, que vive hoy y vivirá por los siglos de los siglos, ⁽³⁾ ha mostrado claramente, por los signos más sorprendentes, que reina todavía hoy sobre nosotros, y que triunfa hoy como en los más hermosos días de la fe.» ⁽⁴⁾

Con este doble sentimiento de orgullo humano y patriótico y de sentimiento personal cristiano, ⁽⁵⁾ puso al frente

- (1) Gautier, *Les epopées françaises*, (2) III, 787 y sig.
 (2) *Ibid.*, IV, 560 y sig.
 (3) Hebr., XIII, 8.
 (4) Guibert., *Gesta Dei*, 1, 1, 1.
 (5) V. también Guillermo de Nangis, *Annales du règne de Saint Louis*, (París, 1761, 256, 262).

de su Historia de las Cruzadas el título cuya grandiosidad no comprenderá jamás el mundo entero, ya que resume, en frase simple y corta, el cielo y la tierra, y por cuanto él sólo equivale á una victoria sobre el mundo; tal es el título *Gesta Dei per Francos* (Hechos de Dios por los Francos).

7. El cristiano sobrepuja al hombre terrenal, aun desde el punto de vista natural y temporal.—Desgraciadamente, ¿en qué nos hemos convertido los cristianos, desde aquella época, para abrigar sentimientos tan bajos con relación á nosotros mismos, y para ser tan tímidos en el cumplimiento de nuestra vocación? Al jurar sobre la ley de Cristo, hemos provocado penosos combates, verdad es, y por ello, muchos nos miran con compasión y piensan que podríamos habérmolos ahorrado. ¡Pero no, guardaos vuestra piedad! Damos gracias á Dios por los suspiros que esta lucha nos obliga á lanzar. Si hoy y todos días, nos fuese dado elegir entre ese combate que el espíritu y la carne librarán hasta nuestro último momento, y una dulce vida servil, no vacilaríamos jamás en hacer lo que nos aconseja, no sólo nuestra conciencia cristiana, sino también nuestro honor humano. Construirse cómodo albergue en tibio légamo, no es dicha ni paz que podamos desear, aunque se nos tributasen todas las alabanzas imaginables, á propósito de esta vida de roedores. Escalar los picos y los campos de hielo en medio de una tempestad mugidora, salir de los precipicios y trepar hacia las alturas donde el aire y la luz son más puros que en las profundidades fangosas de una charca, he aquí—lo confesamos—lo que exige sudores y trabajos: pero nos sentimos orgullosos de los esfuerzos que hacemos, no por violencia, sino por convicción, por voluntad libre, para realizar la empresa de nuestra vida. Indiscutible es que no estamos lejos del fin; pero que nadie intente descorazonarnos á causa de esto, ó tratarnos de locos, ya que estamos firmemente resueltos á no retroceder hasta que, con la ayuda de Dios, no hayamos dominado la cumbre. Entonces veremos quién ha escogido la mejor parte.

Mucha verdad es que la promesa que se nos ha hecho de poseer por completo la tierra está muy lejos de verse realizada. Por lo contrario, el abismo que separa del mundo al Cristianismo es cada día más ancho y profundo. ¿Á qué negarlo? Si esto es así, no somos nosotros los menos culpables. Si fuésemos lo que deberíamos ser, más firme apoyo tendría en el mundo el Evangelio. La vida de sus confesores obra más que la predicación de sus apóstoles. Pero no es raro que, por causa nuestra, el nombre del Señor se ponga en ridículo por los incrédulos. ⁽¹⁾ Sin embargo, injusto sería callar que la fuerza de Dios se manifiesta tan pujante hoy en su religión, como anteriormente en los mejores días, aunque sus adeptos sean pobres pecadores, como todos los demás hombres. ¿Cómo, pues, esos corazones vacilantes se descorazonan con tanta facilidad, cuando se unen los malos, y cuando aumentan las contradicciones contra la fe? ¿Acaso no es esto precisamente un signo de que la fuerza divina de nuestra fe se hace sentir más que nunca, cuando todos los adversarios, ordinariamente tan desunidos entre sí, reconocen la necesidad de unir sus fuerzas y redoblar sus ataques? Los habitantes de las tinieblas ¿no deben apretarse los unos contra los otros y mostrar una inquietud tanto mayor cuanto que su enemigo natural, la luz, se hace más esplendorosa?

Así, pues, valor y confianza. Si nosotros en nuestra pusilanimidad, no notamos esto, la conducta de los adversarios de Dios nos hace, con todo, reconocer que la luz y la gracia se difunden victoriosamente. La palabra de Dios es viviente y eficaz, más acerada que una espada de dos filos; penetra hasta en las junturas y en los tuétanos, y juzga los sentimientos y los corazones. ⁽²⁾ La palabra de la separación ha penetrado de nuevo en el mundo, como en el primer día de la creación. Impulsa sin cesar hacia adelante las aguas mugidoras de la revuelta, y rechaza, al mismo tiempo que el lodo, á todos esos animales siniestros que se

(1) Ezech., XXXVI, 20, 23. Rom., II, 24.

(2) Hebr., IV, 12.

ocultan en sus profundidades. Cuanto mayor es la fuerza con que esas aguas se precipitan en su lecho, con más decisión se eleva, purificado y caliente, el suelo seco, iluminado por los rayos del sol de la gracia divina. Cuanto más unidos y resueltos avancen los enemigos del Cristianismo, más claro se verá que sus esfuerzos son inútiles, que la tierra entera pertenece al Señor, y que sólo nosotros poseemos la verdadera herencia de Dios.

Por tercera vez declaramos que es verdad que no podemos ser cristianos más que al precio de sacrificios y triunfos dolorosos obtenidos sobre nosotros mismos, así como también al precio de una renuncia personal en todos los momentos de la vida. Un cristiano debe renunciar á muchas de las cosas que se permiten los servidores del mundo, y considerar como cargo de conciencia muchas otras de que ellos se burlan. Cada uno de nosotros ha sentido con frecuencia pasar por su alma, como una espada, las palabras del Señor: «Quien en pos de mí quiere venir, niéguese á sí mismo, y tome su cruz cada día y sígame.»⁽¹⁾

Sin duda el mundo afirma que nada sabe de estas amargas palabras. Pero ¿no sería mejor para él que supiese el porqué de esta ignorancia? Riéndose, hace muchas cosas que consideramos como injusticias. Pero ¿tiene derecho á hacerlas? Muchas cosas que nuestros hermanos enemigos nos imputan como una esclavitud, nos son ordenadas; pero esta supuesta servidumbre ¿no es el único medio por el que podemos llegar, no ya á ser buenos cristianos, sino hombres completos? ¡Felices nosotros, ya que la fe de Cristo nos obliga, por lo menos, á hacer por Dios, y á mayor bien nuestro, lo que jamás nos decidiríamos á hacer por nosotros! ¡Tributemos, pues, el debido homenaje á la verdad! Jamás nos ha rehusado el Cristianismo un verdadero goce, ni corrompido una alegría que nos fuera permitida como hombres; pero, á despecho de nuestra razón y de nuestra buena voluntad, centenares de veces hubiéramos

(1) Luc., IX, 23. Cf. Matth., X, 38; XVI, 22. Marc., VIII, 34. Luc., XIV, 27; Joan., XII, 25.

mos hecho lo que nos hubiera causado los más grandes perjuicios como hombres—no decimos como cristianos;—hubiéramos deshonrado en nosotros á la humanidad, y nos hubiéramos hecho desgraciados, si, por dicha, nuestra conciencia cristiana no nos hubiese atado las manos, y no nos hubiese impulsado á cumplir nuestro deber. Diga el mundo lo que quiera contra nuestra fe, no nos ilusionará sobre este punto. Sabemos también lo que es el mundo, y lo que valen la honestidad y la perfección tan alabadas del hombre mundano, ya que todos nosotros formamos parte del mundo; y con esta seguridad, resultado de la experiencia, decimos que hay momentos—y son numerosos—en que se daría buena cuenta del hombre en nosotros, si no lo salvase el cristiano. Todo aquel, pues, que pueda vanagloriarse de haber conservado intacto en sí mismo el honor de la humanidad, debe doblar la rodilla ante Aquél que da la gracia que ha recibido como cristiano, porque sólo á Él se la debe.

Además, el cristiano no tiene motivo alguno para retroceder. No es peor que hombre alguno sobre la tierra. El mundo no huye de sus pies. Todo lo puede ganar y nada perder, no sólo para la eternidad, sino también en el tiempo. Esto es lo que han comprobado en sí mismos, en nuestros mejores días cristianos, los espíritus más nobles, y esto es lo que nos han transmitido para nuestra instrucción: «Jamás Dios quiere mal á uno, porque el mundo lo cubra de honores.»⁽¹⁾ «Puede uno correr tras los bienes y los honores, y, no obstante, llevar á Dios en su corazón.»⁽²⁾ «Los que, en medio del mundo, buscan cada día de todo corazón el honor verdadero, de modo tal, que amen á Dios, y tengan constantemente fijos sobre Él los

(1) Freidank, 31, 20 y sig. (Bezzenger, 95). Hermann Damen, 4, 8. (Hagen, *Minnesinger*, III, 166).

(2) Freidank, 93, 22 y sig. Cf. *Der Wilsbeke*, 51, 1 y sig. Br. Werner, 2, 12 (Hagen, *Minnesinger*, III, 14). M. Gervelin, 1, 3 (ibd. III, 35). Der Guotaere, 2, 1, 3 (ibd. III, 42 y sig.). V. también el *Lied* de un desconocido en Hagen, *Minnesinger*, III, 420, 14, y la *Warnung*, 383 y sig. (*Zeitschr. s. deutsches Alterthum*, I, 449).

ojos, ⁽¹⁾ conservan su dignidad ante el mundo y son el camino del cielo; ⁽²⁾ y el que ha terminado su vida, sin que su alma se halle alejada de Dios por alguna falta corporal, conservando así, con la estimación del mundo, honor y dignidad, ha llevado con utilidad la carga de la vida.» ⁽³⁾

El que quiere comprender el mundo sin Dios, obra como el que quiere tener una serpiente en su mano; pero el que busca desde luego al Creador, no lo encuentra sin hallar también su creación con él. Y el que es fiel á su deber, sirve también al mundo y á sus mejores intereses personales. Puédesele perseguir, pero esto no ocurre más que por envidia y por miedo, y quizás también por ceguera; pero nadie puede rehusarle la estimación y el honor en el fondo de su corazón. Por fin llega la hora decisiva, en la que se formula el verdadero juicio, y entonces el mundo, vuelto en sí de sus seducciones, sabe perfectamente qué salvadores vale más consultar. Allí donde son necesarias gentes con las cuales pueda uno contar, gentes á las cuales pueda uno confiarse, aunque todo parezca perdido, allí los cristianos que honran á su fe, se convencen siempre de que la humanidad cuenta con ellos más de lo que está dispuesta á confesar.

Finalmente, en los momentos decisivos es cuando una sociedad abandonada de Dios corre siempre á buscar en el santo Graal los verdaderos socorros y verdaderos salvadores para su casa, su familia y aun para el estado. ¡Dichoso el género humano, si, por lo menos en la hora de la más extrema necesidad, aprende de nuevo que sus salvadores sólo pueden proceder de los verdaderos cristianos! Pero todavía es más feliz y más digno de honor el cristiano que, verdadero confesor de su fe, no dejándose influir por ningún miramiento que ofrezca la apariencia momen-

(1) Kuonrât, *Rolandslied*, 3812 y sig.

(2) Cf. Marner, 15, 10 (Hagen, *Minnesinger*, II, 249). V. también el conde Otto de Bottenlauben, 12, 1, 2 (Hagen, *Minnesinger*, I, 31 y sig.). *Der Kanzler*, 2, 4, 6 (ibd. II, 339). *Kelin*, 2, 4, (ibd. III, 22).

(3) *Parzival*, 827, 19 y sig. (Bartsch, 16, 1219 y sig.).

tánea de éxito ó fracaso, vive según los principios eternos del orden divino. Al final de todas las pruebas, se convencerá de que estamos en buen camino, lo mismo para el tiempo que para la eternidad, cuando nos unimos indisolublemente con Aquél que nos ha dado por única estrella conductora de nuestra vida las siguientes palabras: «Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.» ⁽¹⁾

(1) Matth., VI, 33.